

## XIII

## Un tiro.

Andreina no debia quejarse mucho tiempo de la ausencia de Agostino. Al dia siguiente de aquella escena que, en los jardines del ministerio, habia estado á punto de producir un duelo entre Solignac y el marqués, Ciampi se hizo anunciar en casa de su hermana.

Era por la tarde, casi al anochecer.

Halló á Andreina inquieta, turbada é inclinada sobre las cartas, con las cejas enérgicamente fruncidas, como si hubiese querido arrancarlas su secreto.

Al ver á Agostino dejó escapar un movimiento de despecho.

—¿Te molesto?—preguntó éste.

—No—repuso la joven incorporándose,—no, para las lindas cosas que me dicen las cartas, no necesito escucharlas más.

—¿Sus predicciones son acaso muy sombrías?

—Más que sombrías; ¡son negras como un cielo de tormenta!

—¿Y tú crees en esas locuras, tú, una mujer inteligente y despreocupada, una Olona?

—No creo en nada y creo en todo. ¡Eres bastante jugador para saber que hay ciertos sentimientos, sobre todo ciertas pasiones que tienen su supersticion!

—¿Y el amor es uno de esos sentimientos?—preguntó Agostino.

—¡El amor es el más supersticioso de todos! ¿Por qué me dices eso?

—¡Porque te veo decididamente dominada por ese hombre!

—¿Quién te lo ha dicho?

—No tengo más que mirarte; no eres la misma. Cualquiera diria que tus ojos han llorado.

—He llorado, en efecto, pero ¿qué te importa si mi voluptuosidad consiste en sufrir?

—A tu gusto. Quieres amar, ama. ¡Yo, odio!

—¡Y tú odias justamente á aquel cuyo nombre no pronuncio sino con embriaguez! ¡Ten cuidado ya te lo he dicho, Agostino; entre tú y él, si fuese preciso que yo escogiera, no sería á ti á quien defenderia!

—¿Crees que pienso atacarle?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque un hombre como tú, cuando tiene odio en el corazon no le deja mucho tiempo pasivo.

—El que tiene mi secreto es mi enemigo y trató de arrancárselo. ¿Crees acaso que no odio —¡y con qué ardor!—al comandante Riviere, que á obtenido las primicias del amor de Teresa?

Pues bien, el coronel es para mí como la sombra de su amigo. ¡Quisiera destrozarlos á los dos, y el tiempo urge!

—¡El tiempo! ¿Qué quieres decir?

—Nada—dijo Agostino con acento sombrío.

—Si por cierto «¡El tiempo urge!» ¿Qué significa?...

—En último resultado, ¿por qué no has de saber tú también la verdad?—dijo Ciampi.—Verdad temible, según vas á juzgar por ti misma. Si la fortuna de la condesa de Farges ha de ser mía, tengo que darme prisa, porque dentro de algunas semanas pudiera ser que me fuese imposible intentarlo.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que el dinero me faltaba; me fué necesario buscarlo y al fin lo encontré—añadió el italiano con una expresión irónica y singular.

Andreina conocía bastante á su hermano para adivinar que había cometido alguna infamia.

—¡Ah!—dijo la joven—¿Qué has hecho?

—Conozco lo bastante la química para haber estudiado el arte de hacer que un ácido reproduzca una plancha. He fabricado los membretes de unos pagarés y he falsificado las firmas.

—¡Eres un falsificador!

—Si por cierto. ¿Quién me hubiese alargado la mano para salir de este lodazal? ¿Tú? Ni tú ni nadie. Yo sabía en dónde podía hallar la salvación, ó por lo menos lo que yo tomaba por

la salvación y he ido en su busca sin vacilar.

—No te comprendo—dijo Andreina.—Veo que has imaginado alguna combinación villana; pero en realidad dudo todavía.

—¿Quieres que ponga, como se dice vulgarmente, los puntos sobre las *ies*? Pues bien, formo parte de una asociación temible en apariencia, débil é inútil en realidad, que tiene por objeto la caída del imperio.

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho? porque yo nunca te he hablado de ello.

—¿Por qué no he de tener yo también mi policía?—repuso la joven.—¡Oh! conozco ese terreno parisien lo mismo que tú, que lo has estudiado, recorriéndolo; ¿Acaso no es para saber si Bonaparte está bien sólido, por lo que yo estoy aquí? Y, en verdad, que se engaña la reina Carolina si espera que un complot como el vuestro podrá derribar al coloso. Lo que le amenaza mucho más que vuestras conjuraciones, es la guerra de España, esa guerra que, á estas horas, está devorando su oro, su pólvora y sus soldados.

—En suma,—prosiguió Agostino,—que esa asociación tiene sus jefes, sus auxiliares, y sus fondos para el caso en que sea prudente obrar. Una parte de esos fondos está depositada en Burdeos. En cuanto se presente un pagaré á la vista, la casa de banca debe entregar al portador trescientos mil francos. Yo lo sabía y había tenido en mis manos el pagaré, más aun se lo había arrebatado al que es tesorero de la asociación.

—¿El comandante Riviere?

—Sí, veo decididamente que lo sabes todo. Sustraido ese papel, me era preciso reemplazarlo, y lo hice. He fabricado un pagaré parecido al original; todo lo he imitado, todo lo he reproducido con el cuidado de un falsificador de profesion. ¡Ah! les desafío á que comparándolos uno con otro adivinen cuál de los dos pagarés es el verdadero. He sustituido el falso por el verdadero, y éste lo ha presentado un intermediario, que no sospecha siquiera que ha sido mi cómplice, habiéndolo cobrado en Burdeos en la casa de banca de Miguel Borde y Cazaván.

—¿Y bien?—dijo Andreina con acento glacial, mientras que Ciampi se exaltaba con una especie de rabia, relatando su crimen.

—¡Y bien!... que toda esa combinacion ha sido inútil y que ese dinero que he tenido entre mis manos lo he arrojado necia y locamente en el tapete verde... Arruinado la vispera, sigo arruinado al dia siguiente y me encuentro en una terrible situacion. Dentro de un mes, quizás de algunos dias, en el momento que la asociacion tenga necesidad de sus capitales, hará presentar en Burdeos el falso pagaré que el tesorero tiene en su poder, y... ¡aquel dia!...

—Aquel dia—dijo Andreina con lentitud, á quien acusarán será á tí ó al hombre que estaba encargado de conservar el pagaré....

Agostino miró á su hermana fijamente, como para tratar de adivinar su oculto pensamiento.

—¿Qué quieres decir exactamente?—la preguntó.

—No quiero decir sino lo que digo. Se comete un robo en una caja; ¿de quién se sospecha primero? Del hombre que guarda las llaves.

—¿Del comandante?

—¿Por qué no?

—¡El comandante es el honor y la probidad misma!—dijo Agostino, no por defenderle, sino temblando de que la inatacable reputacion de probidad de Claudio Riviere pusiera al tesorero por encima de toda acusacion.

—¿Sigue teniendo el pagaré en su poder?

—No. El que le tiene ahora es el jefe mismo de la asociacion *Varus*, el coronel Thevenot.

—Y cuando el coronel Thevenot haga presentar en Burdeos el pagaré falso y los banqueros hayan rehusado el pagar, ¿es á tí ó al comandante Riviere á quien acusarán de haber falsificado el pagaré?

—¡Es á él, si, tienes razon, es á él—dijo Agostino;—pero acusado ante los nuestros, Claudio Riviere se defenderá! Y á su lado tendrá, para arrojar mi nombre á los jueces...

—¿A quién?

—¡A Teresa!

—¿Teresa lo sabe?

—Sí, sabe que he robado. Y, además, adivinará que nadie más que yo ha podido sustraer de entre los papeles del comandante el maldito pagaré. ¡Yo era el único que iba á la calle de Montmartre en ausencia de Riviere!

—Teresa te ama. No hablará.

—¿Me ama? ¡Quién sabe! Me ha amado, eso sí; ¿pero por qué ha huido de mi lado?

—Si preguntas á las mujeres el secreto de sus acciones, *Agostino mio*, te espones á poner puntos de interrogacion sin respuesta. Pero en verdad que te encuentro hoy muy pusilánime. ¡Un hombre de tu temple temer el porvenir! Puesto que has tenido la habilidad de falsificar ese papel—lo cual, sin que te enfades, es una accion baja é indigna de ti, marqués,—puesto que has tenido, te repito, esa habilidad, ten á lo ménos el valor de tu accion y espera las consecuencias á pié firme.

—¿Crees que tiemblo?—dijo el marqués.—¡Ah! *poverina*, el día en que tú me veas temer el peligro, el Vesubio vomitará oro en vez de lava. Solo que me irrita la perspectiva de que un poco de aire eche abajo todas mis combinaciones. Cuando se conozca lo del pagaré falso habrá entre los Filadelfos una confusion trágica. Ante el tribunal de honor que constituirá *Varus*, tendré yo que comparecer de seguro, y allí, cara á cara con Claudio Riviere acusado, no sé si podré soportar el brillo de su mirada ni el peso de sus palabras.

—¡*Femminella!*—dijo Andreina.—Vamos, veo una cosa que en realidad no ignoraba, y es que la mujer es más valiente que el hombre. ¿A que, te repito, preocuparte del porvenir? ¿Lo que temes es el escándalo, inevitable, que podría salirte á la cara? Pero, temer la muerte y morir, son dos cosas distintas, dice el proverbio italiano. No te preocupes más que de la condesa de Farges, y, haz de ella, si puedes, tu mujer.

—Si—exclamó Ciampi,—ese es mi objeto,

ese es mi sueño. ¡Ah! me hace falta la fortuna de esa mujer, Andreina, y... la tendré, la tendré á pesar de todos los obstáculos... á pesar de ella y á pesar de él!

—¿Quién es él?

Andreina habia instintivamente fruncido sus hermosas y negras cejas. Adivinaba de quién queria hablar su hermano; pero el nombre que esperaba, ó mejo dicho, que temia oir, queria que Agostino lo pronunciara.

—¿Quién es él?—preguntó de nuevo.

—¡El coronel!—dijo el marqués.

—¿El coronel te impide acaso pensar en la condesa de Farges?

—Quizás.

Andreina cogió á Agostino por la muñeca y estrechándosela con violencia:

—Luego es cierto,—dijo con espresion de repentina ira—¿has notado, como yo, su mirada y su sonrisa cuando estrechó á aquella mujer, á la que el fuego iba á devorar? ¡Ah! ¡Luego yo no era una loca! ¡Habia visto bien! Habia adivinado! Y la ama, ¿lo sabes, estás seguro de que la ama?

—No, realmente no sé nada—repuso el marqués, cuyos labios recobraron su irónica sonrisa—pero sé que, esta misma tarde, la condesa se ha paseado largo rato apoyada en el brazo del hermoso coronel. Sé que han rodeado y aclamado á aquella pareja que pasaba, risueña y altiva. Sé que la aventura del ministerio ha hecho gran ruido en ese mundo novelesco y estúpido. que necesita todos los días el pasto de un

escándalo ó de un drama. Sé tambien que hace pocas horas, en el paseo, me hice presentar á la señora de Farges, por el hombre que debía abrirme los salones de la condesa, ese Saint-Clair, y despues de haberme acogido con su sonrisa encantadora y su irresistible amabilidad, he visto á esa mujer inclinarse hácia el coronel y preguntarle quien era yo, qué hacia y cual era mi vida.

¿Comprendes, Andreina? ¡Le ha interrogado á él! ¡Al amigo del comandante Riviere es al que ha preguntado lo que debe pensar del marqués de Olona! Se me abren las puertas del hotel de Farges y en el umbral me encuentro de pié y amenazador, ¡á quién? ¡á Solignac! En el momento en que voy á dar el primer paso hácia la fortuna que quiero recobrar, hácia esa existencia que perdí, hácia esa mujer que resume todo esto, y de la que quiero hacerme amar, ó, si es preciso, seducirla (y Agostino hizo un gesto de siniestra audacia, el gesto de Lovelace desafiando á Clarisa) á las primeras palabras que cruzo con ella, á la primera tentativa, al primer minuto, Solignac se presenta ante mí y me desafia. ¡Otra vez Solignac! ¡Siempre Solignac!

Eso es lo que yo sé, hermana mia, eso es lo que me muerde en el lado izquierdo, lo que me crispera los puños y lo que impele mi mano hacia un arma cualquiera. ¿Comprendes esto? ¿Concibes mi rabia? ¡la adivinas? ¡la compartes? Y como ese Solignac es un peligro viviente y como va á disputarme esa conquista, ese sueño, ese mundo de goces—no el corazon de esa mujer que

poco me importa, sino su fortuna;—pues bien, *per Bacco*, los Ciampi son los Ciampi, y entre nosotros ya sabemos cómo librarnos de un rival y cómo se evitan los peligros.

—¡Todavía!—dijo Andreina.—¿Piensas todavía herirle.

—¡Local!—esclamó Ciampi.—¡Si te digo que tu amante piensa en otra!... ¿Haces bien en defenderle? ¡Ayúdame, al contrario, á destruirle!

—Le amo — dijo Andreina con una espresion profunda, casi desgarradora. — Si amase á esa condesa, seria un infame; ¡pero te prohibo que le toques! ¿Me has entendido? ¡Y para impedirte llegar hasta él, te surcaria el rostro con mis uñas!

Agostino se echó á reir.

—Vamos, ya veo que no eres celosa—la dijo.

—¿Yo?... ¿Qué no soy celosa? ¡Ah! ¡si lo que tú dices fuese verdad, Agostino, ya verias! No seria á él á quien heriria, sino á ella; ¡á ella ó á mí misma!—añadió la jóven con acento sombrío.

—¿A tí?

—¿Por qué no?

—¡Qué locura! ¡Uno se venga y no se mata!

—¡Ah!—dijo Andreina con un tono de volup-tuosidad dolorosa y sublime, — cuando se ha amado, cuando se ha bebido la copa llena, cuando en la vida se ha encontrado el rayo de alegría, el minuto de olvido que esta existencia miserable puede dar, cuando ya no se puede saborear sino la amargura de un licor que fué embriagador, cuando todo ha concluido y todo ha muerto, ya no queda, te lo juro, más que mo-

rir uno mismo, dormirse saboreando todavía la dulzura de los sueños que desaparecieron.

—Hace poco me reprochabas el ser débil,— dijo Agostino sonriéndose—¡ahora te diré que eres cobarde!

—¿Cobarde por que sueño en morir?

—¡Sí, véngate, pero no te mates!

—¡Vengarme! ¿de quién?

—¡De él, si te engaña!

—¡De él!... ¡de él!...—repitió Andreina.

Y cerró los ojos como para evocar una vision que se le escapaba.

—¡El!

Sacudió bruscamente su cabeza, fijó en Ciampi sus ardientes ojos y dijo con tono seco:

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—¡Un favor de químico, puesto que conoces esa ciencia!...

Y sonrió de un modo extraño, pensando, sin duda, en el pagaré falsificado por el marqués.

—¿Qué quieres? ¡manda!—dijo Agostino.

—Escucha,—prosiguió la joven—un día el emperador pidió al doctor Cabanis, que murió el año pasado, un poco de ese veneno que el sabio había encerrado para Condorcet en el sello de una sortija. Con ese veneno, que lleva constantemente en el dedo, Napoleon es feliz, y puede desafiar a la suerte. Un sér humano que se halla dueño de su destino, pasa á través del mundo entero, con la frente erguida. ¡Qué bien se burla uno de la vida cuando en cualquier momento, puede uno librarse de ella!

—¿Y bien?—dijo Agostino.

—¡Pues bien, lo que Cabanis hizo por Condorcet y el emperador, quiero que tú lo hagas por mí!

—¡Quieres un veneno!

—¡Sí, un veneno fulminante, que no tenga remedio y que no haga sufrir; un veneno que no se separe de mí, que esté siempre al alcance de mis labios y que me permita, ¡compréndeme bien Agostino, sustraerme á un peligro, si es necesario, ó vengarme si me conviene!

—Tendrás ese veneno—repuso el marqués.

Andreina se quitó del dedo anular de su mano izquierda una sortija adornada de una gruesa turquesa, y alargándosela á su hermano:

—Toma—le dijo.—El centro de esta sortija se abre y puede contener lo que te reclamo. ¿Cuándo me lo traerás?

—Mañana. Y el veneno que aquí se encierre será de los que dan con la muerte ¡la embriaguez de los sueños felices! ¡Hay algo de voluptuosidad en su mortífero poder!

—Mejor, eso es lo que yo quiero. ¡Gracias, Agostino!

La joven le alargó la mano con un movimiento brusco y franco, y notó que se la estrechaba nerviosamente.

—Hasta mañana—dijo luego con un tono que significaba claramente:—¡Ahora, vete!

Al marqués no se le escapó aquella especie de despedida.

—¡Veó—la dijo—que si permaneciera aquí un minuto más, sería importuno!

La oscuridad de la noche había penetrado, cubriendo los objetos como de una niebla, en el salón en donde estaban sentados el hermano y la hermana.

Mientras que Andreina llamó á un criado, para que trajera luz, Agostino buscó su sombrero, que había dejado sobre un mueble, y dijo volviéndose hacia la joven:

—Hasta mañana.

—¡Está convenido!

—Está jurado.

Iba ya á alejarse, cuando, volviendo de repente pies atrás con un movimiento brusco y un acento de amenaza que sorprendió á Andreina, haciéndola estremecer, la dijo:

—Adivino que esperas á ese hombre. Pues bien, dile que desconfíe al salir de tu casa de los malos encuentros. Estorba á demasiadas personas en este mundo, para que no le suceda el mejor día alguna desgracia.

A pesar de lo resuelta que era, la señorita de Olona no pudo menos, al marcharse el marqués, de pasar un momento de angustia. Ciampi era uno de esos hombres que no razonan con sus odios.

—No tiene otra preocupación, que apartar á Enrique de su camino,—pensó Andreina.—¡Cómo le detesta! ¡Cuánto deseo que desaparezca!

¡Su pensamiento giraba siempre hácia lo mismo, invenciblemente, como hácia una idea fija!

El marqués había adivinado perfectamente; la joven esperaba al coronel. Solignac, que había pasado, en efecto, parte de la tarde en las

Tullerías hablando con Luisa de Farges y dejándose suavemente embargar por el encanto penetrante de la *condesita* se dirigia á casa de Andreina con una especie de fastidio y aquel fastidio ó cansancio, ¡cosa estraña! pareciase casi al remordimiento.

La casualidad, que representa el papel más importante en los asuntos humanos, había querido que el hotel de la condesa de Farges estuviera contiguo á la casa que había alquilado, en la calle de Mont-Blanc, la señorita de Olona. Esa simple aproximación irritaba al hermoso Solignac. Le parecia que había algo de verdaderamente sacrilego en aquella promiscuidad. A menos que el destino no hubiese querido presentar allí una viviente antítesis: la aventura y la pasión, respirando á pocos pasos de la gracia y la risueña virtud.

¡Una sola tapia las separa,—pensaba el coronel—y hay un mundo entre esas dos mujeres!

¡Sin duda que Andreina era muy hermosa con su cuerpo flexible, ardiente, y que hacia estallar los vestidos que le sujetaban; la llama de los inflamados ojos de la italiana se había introducido en las venas de Salignac como una infiltración abrasadora. Pero cuán vulgar parecia aquella italiana con sus seducciones de sirena, y á pesar de todo su encanto, al lado de aquella rubia condesa, cuya mirada parecia un rayo eléctrico que envolvía al que miraba, mujer toda atracción, que abría los labios, sonreía y cautivaba, como agradan por algo de inexplicable y á veces imponderable, esas cosas vagas y poderoso-